

Merry England

IGNACIO PEYRÓ: *Pompa y circunstancia. Diccionario sentimental de la cultura inglesa*. Madrid: Fórcola, 2014, 1068 pp.

Decía el célebre ensayista inglés William Hazlitt a comienzos del siglo XIX que lo de la «alegre Inglaterra» (*merry England*) era ya por aquel entonces un tópico, pero que, como todos los tópicos, contenía «verdades más allá de la apariencia». Para Hazlitt, el pueblo inglés es el más alegre que existe, sobre todo si nos circunscribimos a una época dorada en la que no había hecho aún su irrupción la inevitable pero sórdida Revolución Industrial: se percibe esa alegría en los deportes al aire libre (al fin y al cabo fueron los ingleses quienes acuñaron la idea de *sport*), en los desfiles, en las celebraciones navideñas, en el *wit*, en el *humour*, en el teatro de Shakespeare. ¿Conocen ustedes un personaje que se merezca más el adjetivo *merry* que el rollizo Sir John Falstaff, por ejemplo? Otro William, apellidado Blake, puso en verso ese viejo concepto de la idealización de Inglaterra en un poema que humedece los ojos de los ciudadanos de Albión siempre que lo escuchan o lo recitan de memoria. ¿Lo recuerdan? De ahí procede el título de la película olímpica *Carros de fuego*. Priestley lo cita arrobado en su célebre pieza teatral *El tiempo y los Conway*. Constituye el «Preface» de *Milton*, un portentoso y apocalíptico poema épico del poeta (y pintor) visionario. Sus dos últimas estrofas rezan así:

*Bring me my Bow of burning gold.
Bring me my Arrows of desire.
Bring me my Spear: O clouds, unfold!
Bring me my Chariot of fire*

*I will not cease from Mental Fight,
Nor shall my Sword sleep in my hand,
Till we have built Jerusalem
In England's green e^s pleasant Land.*

No sé si habrán conseguido los paisanos de Blake construir de una buena vez esa nueva Jerusalén que reclamaban sus versos, pero lo cierto es que no han dejado de estar en ello, animados por una empresa imposible que aúna sus acciones, vertebrada su manera de ser y alimenta su idiosincrasia con un amor por la historia y costumbres de su patria que ya quisiéramos para nosotros, los españoles, tan desgajados ahora mismo (no en el Siglo de Oro) de las misiones importantes que han de acometerse en común.

Guiado por una anglofilia que brotó en él como un tumor benigno desde los tiempos de su niñez, Ignacio Peyró acaba de publicar en Fórcola un tomo de más de mil páginas que da cuenta de su fervor por el país blakeano de la nueva Jerusalén. Lo ha hecho adoptando la forma de una enciclopedia alfabética en la que figura una serie de entradas sobre temas y personajes –varios centenares de ellos– que reflejan a la perfección la realidad vital de Inglaterra. Su amor por la tierra del rey Arturo, de la reina Victoria, de P. G. Wodehouse, de Jack el Destripador, del *roast-beef* y del *pudding* de ciruelas no conduce a Peyró a territorios de embobada exaltación. En la propia genética de su condición de anglófilo se encuentran instalados cómodamente rasgos tan virtuosos como la serenidad y la ponderación, que recorren la enciclopedia de cabo a rabo. Dice el autor de *Pompa y circunstancia*: «Todo afecto por la cultura inglesa ha quedado [en mi libro] purificado de credulidades y entusiasmos acrítricos, lo que le concede una mayor solidez. No oculto, sin embargo, que este libro es un elogio de Inglaterra y una reivindicación de lo mejor de su herencia».

El resultado es un diccionario atípico que aúna erudición y ameni-

dad, que admite la lectura corrida, pero que puede abrirse al azar por cualquier página con la seguridad de que esa elección casual va a proporcionar placer al lector y no va a defraudarlo en absoluto. Uno, que es germanófilo (y, por lo tanto, anglófilo, porque al fin y a la postre fueron los germanos quienes, en sucesivas oleadas –anglosajones primero, normandos después–, convirtieron la *Britannia* celtorromana en la Inglaterra germánica), se ha deleitado una barbaridad con cada una de los cientos de teselas con las que Ignacio Peyró ha compuesto su mosaico enciclopédico. Vale la pena el fruto de su amor por el solar de la novela gótica y Agatha Christie, de Chesterton y Tolkien, de Churchill y Lady Di. La verdad es que su libro sobre la «alegre Inglaterra» es, para anglófilos y no anglófilos, *a joy for ever*, «una alegría para siempre», que es como definió la poesía otro inglés eminente, ni más ni menos que John Keats.—*LUIS ALBERTO DE CUENCA*